

Flotan ya las piraguas y las montan
 Con firme decision y raudo empuje
 Martín Alonso y luego Blas de Etienza,
 Los primeros á ser que este mar sulquen.

XII

De su teniente al recibir las nuevas,
 Sale de Cheapes Vasco hácia la playa:
 Síguete el grueso de la hispana gente,
 Y el cacique y sus indios le acompañan.
 Halló que el Océano en su descenso
 Retiróse á dos millas de distancia,
 Y en toda su extension, que hace horizonte,
 No alcanza á descubrir vela ó piragua.
 Bajo los altos árboles que bordan
 De la eminencia próxima la falda,
 Inquieto, en peñas áridas sentóse
 Aguardando la vuelta de las aguas.
 Como las vió llegar impetuosas
 Un momento despues, sacó la espada,
 Empuñó la bandera que en sus pliegues
 De Castilla y Leon lleva las armas,
 Y penetró en el mar, dando sonoros
 Vivas á Don Fernando y Doña Juana.

Recordando la fiesta religiosa
 Del dia, "San Miguel" al golfo llama:
 Quiere reconocerle ya mediado
 El tormentoso Octubre que desata
 Con su aquilon las olas mal dormidas
 Engendrando, tal vez, negras borrascas;
 Y el cacique de Cheapes el peligro
 Le advierte, mas con él audaz se embarca
 En frágenes canoas, que cual secas
 Hojas el mar ya abisma, ya levanta,
 De entre erizadas rocas y arrecifes
 Por voluntad de Dios saliendo salvas.
 A isla desierta llegan en la noche
 Y sus canoas en los bordes atan
 Y suben á dormir en el seguro
 De las que pueden ver rocas más altas.
 Y no bien su vigor en el regazo
 De benéfico sueño restauraban,
 Cuando llega invasora la marea
 Cubriendo la isla toda y á la barba
 Da á los hombres en pié; morir creían,
 Pero á muy poco el mar se aquieta y baja.
 Se hallaron á otro dia desolados
 Sin vestidos ni pan, rotas sus barcas;
 Infúndeles aliento Vasco Núñez,
 Con yerbas y resina las reparan,
 Y en ellas retroceden y del istmo
 Logran tocar la conocida playa.

Aquejados del hambre invaden luego
 De Tumaco feroce la comarca:
 Cuentas de vidrio en hilos, del cacique
 La mala voluntad quiebran ó ablandan,
 Y á Vasco entrega las primeras perlas
 Gruesas y de íris bello y aún mojas,
 En que se ve que dista espacio breve
 El fondo en que se crían. Buzos manda
 A pescar nuevas ostras el cacique;
 Presencia el español la pesca rara:
 Las perlas grandes en los hondos senos,
 En fondo escaso las menudas cuajan,
 Y éstas á la ribera cuando agita
 La tempestad el mar, suele arrojarlas.
 Ponderando Tumaco las riquezas
 De la region del Sur, á Núñez habla
 De un grupo de islas do las conchas sirven
 De escudos y atesoran en su entraña,
 Del tamaño de un huevo de paloma
 Perlas redondas del color del alba.

De sus exploraciones satisfecho,
 Atraviesa de nuevo las montañas
 El Jefe, y los caciques danle guías
 Y guerreros le dan y hombres de carga,
 Y al despedirse enternecidos lloran,
 Que tanto así la voluntad les gana.

Torna á Santa María de la Antigua;
 Recíbenle con vítores y palmas,
 Y del rico botin que ha recogido
 Al tesoro real el quinto aparta;
 Y escrita relacion de los sucesos
 En alistado buque envia á España
 Con telas finas de algodón, cautivos,
 Oro en polvo á granel, perlas y nácar.

XIII

¡Y ya era tiempo! En la lejana corte
 El agraviado Enciso no dormia
 En pasos y cuestiones, demandando
 Contra Vasco favor á la justicia.
 A deponer á Núñez y á juzgarle,
 De nobles con brillante comitiva,
 Buques y gruesa hueste de soldados,
 Nuevo gobernador de la Castilla
 Del Oro —nombre dado á la comarca
 Del Darien por lo rico de sus minas—
 Viene Pedrarias Dávila trayendo
 A su esposa Isabel de Bobadilla
 Y á Juan Quevedo, fraile franciscano
 Que ostenta del Darien la nueva mitra.
 No solo ha de regir á la colonia
 Dávila; á su valor y á su pericia

VASCO NÚÑEZ

Deja el rey Don Fernando encomendada
De la region suriana la conquista.

XIV

En tanto Vasco Núñez sin descanso
Vela en campo y ciudad; casas fabrica;
A las tribus congrega; forma puerto
Que abrigo al nauta dé; huertos cultiva,
E inteligente, recto y generoso
La colonia gobierna y administra,
Ligando á naturales y europeos
El interés comun bajo su egida.

Desde que el mar del Sud descubre, cambia
La dureza feroz, la vil codicia
Que impulsáronle un tiempo, en dulce agrado
Y sed de gloria espléndida. En vigilia
Como en sueños, el piélagó á su oído
Y á sus ojos á un tiempo brama y brilla:
Si en su voz oye música sonora,
Cáusale arrobó místico su vista:
Explorar ambiciona sus espacios,
De sus tormentas afrontar la ira,
Dormirse á sus arrullos en la calma
Y hasta su extremidad llevar sus quillas.
¿Quién dijera á la mísera Careta —
Del rústico Darien la flor más linda

DE BALBOA

Que al sol dé Vasco Núñez vive solo—
Que le hallaran helado sus caricias?
Miéntras ella lamenta los desvíos
Del guerrero español á quien le quita
El mar del Sud, en el del Norte Vasco
Los ojos sin cesar ávidos fija,
Esperando las naves y la gente
Con que á su expedicion ha de dar cima.

XV

Avístanse las naves de Pedrarias
Y al puerto van llegando entrado Junio:
Dávila de su arribo y de su cargo
Aviso á Núñez dar resuelve astuto.
Mensajero despáchale, que hallóle
Con traje de algodón holgado y burdo,
Levantando una choza: oye el recado
Y corresponde á Dávila el saludo
Mandándole decir sencillamente
Que á su obediencia está desde aquel punto,
Y apagando el ardor de sus soldados
Que armar en su favor quieren tumulto.
Pedrarias desembarca y se adelanta
De la indiana ciudad tomando el rumbo.
Vienen con él los arriscados nobles,
La esposa y el obispo al lado suyo;

Cierra la marcha hueste numerosa
 Brillando con el sol armas y escudos.
 Núñez con reducida humilde corte
 De consejeros y soldados brunos
 Llenos de cicatrices y sin armas,
 Salióle á recibir y le condujo
 A su propia mansion, cabaña pobre
 Aunque amplia y rica en vistas y aires puros.
 Cortés sirve á sus huéspedes, en mesa
 En que el blanco mantel es todo el lujo,
 Aves silvestres, carne de venado
 Que se conserva de la leña al humo,
 Tortillas de maíz —pan de la tierra—
 Frutas y agua sin tasa. Miéntas mustios
 Y desolados y con hambre acaso
 Los nobles entre sí formando grupos,
 Se preguntan dó están el oro y perlas
 Y grandeza sin par del Nuevo Mundo;
 Dávila á Núñez, amistad fingiendo,
 Hace hablar del Darien y de sus frutos,
 Del órden con que rige la colonia,
 De sus fuerzas en ella y sus recursos,
 De sus descubrimientos portentosos,
 De sus planes presentes y futuros.
 Manda formarle causa á pocos dias,
 Y de enviarle á España hállase á punto;
 Mas de su esposa y del obispo el ruego
 De estos primeros rayos fué conjuro.

Del gobierno ya Núñez alejado,
 Faltan su prevision y su concurso;
 Los acosados indios se levantan
 Negando en oro y víveres tributo:
 Los soldados que van á reducirlos
 O despacha hácia el Sur el necio orgullo
 De Pedrarias queriendo adelantarse
 A Núñez en hazañas y triunfos,
 Tras inútiles marchas y fatigas
 Regresan debelados y confusos.
 Llega á reinar en la colonia el hambre,
 Y de ella en pos, bajo el aciago influjo
 De los pantanos vastos del contorno,
 La peste á la ciudad llena de luto.

XVI

Viéndose Vasco detenido en tanto,
 Blanco del odio y la sospecha injusta,
 Los marítimos planes en suspenso
 Anhela ejecutar de cuenta suya.
 Y juntando la propia hacienda escasa
 A la de Hernando Argüello que le ayuda,
 De armas en busca y víveres y gente
 Al infiel Garabito manda á Cuba.
 Quiere de nuevo atravesar los montes,
 Y si en la costa al Sur colonia funda,

Para extender la exploracion más tarde
Base le habrá de ser firme y segura.

Llegan pliegos de España, do la nueva
De sus descubrimientos y la suma
Riqueza de sus dones le han trocado
La adversidad en próspera fortuna.
Del mar del Sud Adelantado, á un tiempo
Bajo su mando las provincias junta
De Panamá y de Coyba, aunque á Pedrarias
Sujeto. Obedecer éste repugna
Lo resuelto en la corte; Garabito
Llega, y su expedicion, si no le asusta,
A su envidia y enojo da pretexto
Para encerrar á Vasco en cárcel dura.
De nuevo intercedieron el obispo
Y la esposa de Dávila: atenúa
De éste la prevencion aquél; le pinta
El bien que á su interés propio resulta
De trocar en amigo al enemigo
Y de dos voluntades hacer una.
Tras largas entrevistas y empleando
Ya la razon cristiana, ya la astucia,
Que á Vasco acepte Dávila de yerno
El empeñoso obispo logra en suma.
La mayor de las hijas de Pedrarias,
Jóven de prendas altas, bella y culta,

Vendrá á Núñez á dar mano de esposa,
Y á éste libre y feliz Darien saluda.
Quizá el contento público no advierte
El dolor de otra jóven que en oscuras
Soledades con lágrimas amargas
El gentil despreciado seno inunda.
Quizá el Descubridor en sus insomnios
Oye en torno sonar ayes de angustia,
Y á Careta ve pálida y llorosa
Y en nuevo amor le enciende su hermosura.
Vago pesar, remordimiento acaso
En su ánimo agitado traban lucha;
Pero recuerda el mar y su destino
Tras noble eterno afan y pruebas rudas,
Y uno y otro disipan su tristeza
Como la brisa el polvo, el sol las brumas.

XVII

¡Otra vez el favor! Autorizado
A armar cuatro veleros bergantines,
Núñez á fabricarlos se apareja
De Acla, villa novísima, en los lindes.
Bañados del Atlántico sus bosques
Dánle maderas sólidas y firmes
Que con anclas y jarcias y velámen,
No sin aprovechar trazas sutiles,

En hombros de indios ruda cordillera
 Que por su elevacion las nubes ciñen
 Él hace atravesar hasta do el Balsas
 Se acerca al mar del Sud que le recibe.
 Al coronar las crestas el gentío
 Con los maderos que su espalda oprimen,
 Vasto cordon de hormigas va imitando
 Que á la oquedad cercana se dirigen
 Con hojillas y granos que las cubren
 Aunque sin estorbar su marcha libre.
 Del Balsas ya en la márgen las maderas
 Do secábanse al sol ántes de unirse,
 Las arrebata el rio en su creciente
 De brava tempestad en noche horrible,
 Y estériles así tantos esfuerzos
 La gente vió desalentada y triste.
 A las selvas de allí ménos lejanas
 Vasco el tributo necesario pide:
 Convierte en arsenal la playa ardiente;
 En la ruda labor todos compiten:
 Arman los fuertes cascos y cubiertas
 Que la onda hace flotar; palos erigen;
 Atan la jarcia en ellos y el velámen;
 Hinchén el lino brisas bonancibles,
 Y ufano, alborozado, altivo Núñez,
 La fuerte diestra en el timon que él rige,
 Vivas toda la gente dando á España,
 Salen al mar del Sud dos bergantines.

XVIII

Sereno el Océano
 Al despuntar el día,
 Laguna parecía
 Dormida en honda paz.
 La brisa de Levante
 Con ráfaga ligera
 Sólo, soplando á veces,
 La dulce calma altera,
 En olas cual escamas
 Bordando su ancha faz.

 Son las primeras naves
 De vela y de tal pompa
 Cuya alta prora rompa
 El vasto mar del Sud.
 Al grupo de las islas
 Que llaman de las Perlas
 Avanza Vasco Núñez
 Y, al cabo, logra verlas
 Surgiendo de las aguas
 En blanda tinta azul.

 Quiere explorarlas Núñez,
 Y entra en sus altos fines

VASCO NÚÑEZ

Los otros bergantines
En ellas construir;
Y, ya cabal su armada,
Al Austro diligente
Las ignoradas costas
Del nuevo continente
Hasta do hallar consiga
Su término, seguir.

Mas tórnales la espalda
De nuevo la fortuna:
Ceño en su frente bruna
Muéstrale pronto el mar.
Viene á encrespar sus olas
El ábrego violento,
Y á unir á la voz de éste
La tempestad su acento,
Y el pálido relámpago
La escena á iluminar.

Núñez creyó ver grupo
De islotes escarpados
Que azota en sus costados
Del piélago el furor;
Pero avanzando luego,
Hallan de espanto llenas
Sus gentes que las islas
No son sino ballenas

DE BALBOA

De insólita pujanza,
De colosal grandor.

Solo ellas afrontaron
Como la enhiesta roca
Del mar la furia loca,
Del viento el frenesí.
La voz de la tormenta
Que el rayo ardiente fragua
Llegando á sus abismos
Sacólas á flor de agua,
A que la horrible lucha
Miraran desde allí.

Hiela el terror la sangre
A los marinos bravos;
Júzganse, de él esclavos,
Presa del leviatan.
Con diligencia ruda
Del sitio aquél se alejan,
Y en sus embates luego
Olas y viento cejan,
Y al Norte y al Oeste
Va huyendo el huracan.

Tras la fatiga inútil
Sin ánimo ni aliento,

Siendo contrario el viento,
Brava la mar aún,
Torna la prora al istmo
Núñez con pena fiera,
Aunque ignorando entónces
Que esta es la vez postrera
Que mécele en sus ondas
El ancho mar del Sud.

XIX

Del turbulento Balsas en la márgen
Vuelve el marino audaz á alzar sus tiendas,
El contrastado esfuerzo no vencido
De nuevo aparejando á luchas nuevas.
Mano puso á los otros bergantines;
Mas cuando á su labor ruda se entrega,
Vienen de Acla rumores alarmantes:
Nuevo gobernador allá se espera;
Lope de Sosa á Dávila sucede
Segun las de la Corte últimas nuevas.
Desalentado Vasco teme acaso
Que sus pasos y planes entorpezca;
Llama á sus oficiales á consejo
Y, opiniones pesando, en él se acuerda,
Si el anunciado cambio se confirma,
Ejecutar sin dilacion la empresa;

Y despachado en tanto es Garabito
A que recoja y dé noticias ciertas.
¡Ay! que con ello Núñez, confiado,
A su enemigo capital se entrega;
Que el traidor á Pedrarias dicho tiene
En recibida ya carta secreta:
“Finge Núñez estar dispuesto á unirse
En lazo conyugal con la hija vuestra,
Para encubrir sus planes y engañaros
Y hacer su expedicion de propia cuenta.
Cuando listos, al fin, sus buques halle,
Ha de partir en ellos con Careta
A fundar hácia el Sur nuevas colonias,
A vuestra autoridad rota la rienda.”

Del campamento sale Garabito,
Y á la ciudad, de noche, no bien llega,
Oye que al arribar ha muerto Lope,
Y su propia mision traspirar deja.
Le prenden los esbirros de Pedrarias,
Éste de sus papeles se apodera,
Ávido los registra uno tras otro,
Hace al preso venir á su presencia,
Y Garabito allí, terror fingiendo,
Confirma delaciones y sospechas.
La enemiga fortuna luego acude
Por medio inesperado á rendir pruebas.

El Hernando de Argüello que en los planes
 Del gran Descubridor metió su hacienda,
 Al saber lo que afirma Garabito,
 Pliego á Núñez envía con cautela
 Noticiándole todo, y que al instante
 Parta al Sur con sus naves le aconseja.
 Mensajero y papel son detenidos
 Y á poder del sutil Dávila llegan.
 Va á la cárcel Argüello; aquél escribe
 A Vasco así con intencion aviesa:
 “Antes de que partais, venid conmigo
 A hablar de cosas públicas y nuestras;”
 Y á Pizarro previene, que al encuentro
 De Núñez va con escogida fuerza.

XX

No léjos de su tienda estaba Núñez
 De sus gentes cercado, en noche fresca
 Tras el calor del dia, conversando
 Con excelente humor que al corro alegre.
 Y, como hubo de alzar la vista al cielo
 Y de hallar en atmósfera serena
 Y en la anunciada posicion temible
 La que le dijo Codro ser su estrella,
 Del astrólogo el fallo relatando,
 “Ved, exclamó, lo que es la humana ciencia:

En este mismo instante inevitable
 Peligro me circunda segun ella;
 Y listos ahí están mis bergantines
 Y mis gentes armadas y resueltas;
 Gozo el favor del Rey y de Pedrarias
 Y mi gloriosa fama el orbe llena.”
 Y hablaba todavía Núñez, cuando
 Los mensajeros de Acla se le acercan,
 Rendidos le saludan y la carta
 De su presunto suegro allí le entregan,
 Sin que le deje el breve contenido
 Ni temores ni sombra de sospecha.

XXI

Vasco en marcha se pone al otro dia
 Y las altas montañas atraviesa.
 Al verle alegre, ufano y confiado
 Los mensajeros recorrer la senda
 A cuya extremidad, cual lobo astuto,
 Vil enemigo en él ha de hacer presa;
 Cediendo á irresistible simpatía
 Que en cuantos le oyen ó le ven despierta,
 La delacion de Garabito, el caso
 De Hernando Argüello y la intencion siniestra
 Con que Pedrarias Dávila le llama,
 Porque se fugue y salve le revelan.

Un punto Vasco, atónito, pasmado,
 Dudando estuvo si de allí se vuelva
 A la orilla del Balsas donde tiene
 Su gente armada ya, sus naves prestas;
 Mas, tornando á la ciega confianza
 Que al acusado inspira su inocencia,
 Ir resuelve ante Dávila y hablarle
 Y la calumnia así dejar deshecha.
 Sigue adelante, pues, y con Pizarro
 Que en busca suya va, luego se encuentra.
 "Preso daos, Señor," éste le dice,
 A tiempo que su tropa á Núñez cerca
 Y le desarma y cárgale de grillos.
 "¿Es posible, Pizarro?" en son de queja
 Vasco sin demudarse le pregunta,
 Y él le responde: "La consigna es ésta."

XXII

Con asombro de Acla y sus vecinos
 De nuevo se halla Núñez en la cárcel.
 Dávila en ella le visita y habla,
 No cual gobernador, mas como padre.
 Que es víctima de ocultos enemigos
 Dale á entender; que acusaciones graves
 Pesan sobre él, la autoridad teniendo
 Obligacion de oírlas y juzgarle.

Causa está ya formándole Espinosa
 Que en la nueva ciudad funge de alcalde.
 Que contra el Rey conspira; que en las playas
 Del Sur nueva colonia ha de fundarse
 Por él con gente y armas del Estado
 E independerse en ella entra en sus planes,
 Dice la acusacion; y le acumulan
 Cargos —quizá desvanecidos ántes—
 Por el fin desdichado de Nicuesa,
 Por las quejas de Enciso y sus parciales.
 La máscara Pedrarias luego arroja
 En la prision volviendo á visitarle.
 "Traidor, le dice, á derrocarme aspiras
 Pagando mis favores con maldades,
 Sembrando la anarquía en la colonia,
 Deshonrando tal vez mi propia sangre;
 Mas tínete en sus garras la justicia
 Y de ellas esta vez no has de salvarte."
 Altivo é indignado le responde
 Vasco Núñez: "¿Si fuera yo culpable,
 Para entregarme á tí venido habria
 Teniendo enfrente el mar, listas mis naves
 Y animadas mis gentes y resueltas
 A seguirme?" Al oír razones tales
 Pedrarias no su peso desconoce,
 Mas la luz que le dan llégale tarde.
 Ha perseguido y ultrajado á Núñez,
 Y aunque noble le estima y de alma grande,

VASCO NÚÑEZ

Recela, y con razon, que, absuelto y libre,
Ha de vengar persecucion y ultrajes.
La causa ya de sentenciarse á punto,
A Dávila Espinosa envia, en balde
Pidiendo que los méritos del reo
A la justicia en su favor ablanden.
Inútiles los ruegos de Isabela
Y del obispo son en aquél trance:
Pedrarias el oído cierra á todos,
No ciego ó rencoroso, mas cobarde.
Débil el juez, á su pesar, condena
A Núñez á sufrir muerte infamante
Con su cómplice el rico Hernando Argüello
Y algunos de sus mismos oficiales.

XXIII

Miéntas de Acla en la plaza es erigido
Aquella noche en fuerte maderámen
El cadalso en que, al hierro del verdugo,
Los sentenciados su delito paguen;
Y en torno los soldados plantan picas
En que habrán de quedar al sol y al aire
Las segadas cabezas de los reos
Hasta que todas lleguen á secarse;
En la prision oscura Vasco Núñez
Sin ira ni temor, imperturbable,

DE BALBOA

Ve de frente á la muerte y se dispone
A pisar del sepulcro los umbrales.
Alza á Dios el espíritu piadoso;
La absolucion recibe en dulces frases
De Andrés de Vara, el sacerdote humilde
Que himno de gratitud alzó en los Andes
Al descubrirse un mar; el Pan Sagrado
En que Dios á los hombres quiso darse
Enternecido gusta: óra de nuevo,
Y momentos despues dormido yace.

XXIV

En sueños el Pacífico
Mira de nuevo en calma:
Su ronca voz oyendo
Alégrasele el alma:
Rompiendo van sus buques
Las olas de cristal.
No ya cerrarle intenta
El paso pez horrendo
Ni equinoccial tormenta;
Que en cielo despejado
Brilla la Cruz Austral.

Dormido está cual niño
El lidiador gigante